

Trayectoria de vida y trabajo en sujetos pobres¹

Francisca Márquez

Investigadora SUR

¿Cómo se construyen las trayectorias laborales de los habitantes más pobres de esta ciudad? ¿Qué los lleva en ciertas ocasiones a dejar y en otras a tomar un trabajo? ¿Cuáles son los sentidos y las lógicas que los orientan en un mercado de trabajo altamente competitivo? ¿Qué espacios recorren a lo largo de su trayectoria laboral?

Este artículo aporta elementos cualitativos para la comprensión de la dinámica de la movilidad social, a partir del análisis de las trayectorias laborales que hombres y mujeres pobres construyen a lo largo de sus vidas. El análisis se centra en los itinerarios que recorren los sujetos pobres para insertarse en el mercado de trabajo, así como en las lógicas y sentidos que orientan este recorrido y cada una de las acciones emprendidas. La investigación que aquí se presenta tuvo como punto de partida el análisis de cuarenta historias laborales de sujetos en situación de extrema pobreza, todos ellos habitantes de campamentos² de la ciudad de Santiago de Chile.

1. RELATO DE VIDA Y TRAYECTORIA DE TRABAJO³

Si se entiende la trayectoria de trabajo no solo como una categoría objetiva y mensurable, sino como una experiencia social que se construye en relación con la cultura, el mercado y la subjetividad de cada individuo, los relatos de vida son un instrumento privilegiado para dar cuenta de ella. En esta búsqueda por comprender la dinámica de los hechos sociales, el relato de vida no solo aporta una mirada a través del tiempo; también permite que quien narra

¹ Este artículo se basa en el proyecto Fondecyt N° 1990818.

² Campamento en Chile: asentamientos ilegales, ubicados en territorios marginales a la ciudad, con viviendas precarias y sin alcantarillado.

³ La investigación considera el análisis de los relatos de cuarenta habitantes de campamentos y se centra en sus trayectorias ocupacionales. Todos los relatos de vida fueron leídos y vaciados en matrices que permiten analizar comparativamente las trayectorias ocupacionales de cada uno de los sujetos de acuerdo a los siguientes ejes: a) La experiencia social de los sujetos: entendida como aquellas acciones lógicas desplegadas en relación con el trabajo; b) Contexto de relaciones o espacios sociales (hogar, barrio, trabajo, instituciones) en los cuales los sujetos construyen sus trayectorias laborales; c) tipo de trayectorias ocupacionales según condiciones de trabajo e ingresos: interrumpidas, ascendentes, estables y descendentes.

recomponga, a partir de sus recuerdos, los procesos, los hitos, las trayectorias y las transformaciones más significativas. Mediante esta manera de mirar lo intergeneracional, lo heredado, la transmisión y la movilidad social, logran hacerse visibles: la transmisión del oficio entre padre e hijo; la ruptura con estilos de vida y trabajo heredados desde siempre; los márgenes de maniobra de los sujetos y sus familias para buscar salidas a la pobreza.

Los relatos de vida nos posibilitan una aproximación cualitativa a los itinerarios y trayectos de sus protagonistas; pero, por sobre todo, a los significados y, por tanto, a la lógica que el narrador otorga e imprime a su propia vida. La representatividad de estos relatos se juega en su capacidad de mostrar los procesos mediante los cuales se construyen y se consolidan las experiencias laborales de los más pobres. Su lectura nos permitirá conocer cómo ellos viven y maniobran frente a un mercado laboral en permanente transformación, redefiniendo o postergando su proyecto vital, laboral y familiar.

Sin desconocer al individuo como producto de una historia que es cultural, familiar y de clase, el método propuesto se aproxima al sujeto también como historia singular; como ser social e histórico siempre enfrentado a hacer opciones entre las distintas alternativas que el mercado, su cultura, su sociedad y su propia subjetividad le proponen. En otros términos, el sujeto es siempre construcción biográfica que busca de alguna forma *modificar* el curso de las circunstancias, de los espacios sociales y de trabajo que ocupa o quisiera ocupar.

Decir que los individuos son producto de su historia, no implica que ellos no puedan actuar y responder de múltiples formas a sus circunstancias. La historia marca tendencias en los destinos, pero ella no los decide. Identificar los determinismos permite comprender la manera en que *las opciones y las oportunidades* de un individuo están condicionadas por su historia, pero lo realizado no es más que una forma de lo realizable. Decir que el individuo es producto de su historia es también tomar en cuenta que cada historia es diferente y, por ende, singular, aun cuando se inscriba en una historia común (De Gaulejac 1999).

Aproximarse a la génesis de las trayectorias laborales requiere necesariamente abordar la historia personal, familiar y social de los sujetos, sus tensiones y correspondencias. Esto es, en términos de Dubet (1994), la construcción de la experiencia social entendida como la manera de construir el mundo, y sobre todo de experimentarlo; construcción histórica que se define por la combinación de muchas lógicas de acción. Interesa por tanto, dar cuenta de cómo los individuos ponen su propia experiencia a distancia, la juzgan, apelan a normas, argumentan, le otorgan sentido y, por tanto, actúan.

La pregunta por el margen de maniobra de los sujetos es inevitable. ¿Cuáles son los márgenes de libertad, qué posibilidades de elección poseen estos sujetos cuyo capital educativo, cultural y relacional es siempre limitado?

2. EXPERIENCIAS DE VIDA Y TRAYECTORIAS DE TRABAJO

Las trayectorias de trabajo no pueden ser leídas ni entendidas al margen de las historias de familia, de sus proyectos y estrategias. Los itinerarios laborales, incluidos los de los más pobres, expresan y llevan siempre un sello de familia: vocaciones que se heredan, oficios que se aprenden, trabajos que se acatan por prescripción paterna o materna, capacidades y habilidades que se transmiten, ambientes, espacios y vínculos de familia que abrirán y cerrarán oportunidades. En todas las trayectorias de trabajo, una historia (pasado) y un proyecto (futuro) de familia se entrelazan.

Es la historia de Jaime y Juana; joven pareja cuyas trayectorias laborales no pueden ser entendidas al margen de su estrategia para fundar y consolidar familia.

Es el caso de Carlos, obrero de casi sesenta años, cuya historia laboral se entiende a la luz de un proyecto de familia que apuesta a la movilidad social de los hijos a través de la educación.

Es el caso de José, inactivo a los cuarenta años, que al perder su trabajo tras años de desempeño en un espacio que llegó a sentir como su familia, no pudo sobreponerse.

2.1 Jaime y Juana: obrero de la construcción y dueña de casa

Jaime tiene veintiséis años, vive con Juana, de veintidós años, ama de casa. Tienen tres hijos y habitan en un campamento de la ciudad de Santiago. Ambos provienen de una familia numerosa y pobre. Su historia se asemeja a la de muchos hogares pobres: hombre proveedor, mujer a cargo del hogar y cuidado de los hijos. A diferencia de otros hogares, sin embargo, a Jaime y Juana les ha ido bien. Con los ingresos de Juan el hogar ha logrado salir de la pobreza extrema; ahorrar para la vivienda social, comprar electrodomésticos y alimentar a sus hijos.

Jaime, como hijo mayor de un hogar con padre ausente, asumió desde pequeño el rol de proveedor. Junto a sus tíos maternos aprendió desde temprana edad el oficio de maestro albañil; lleva dieciséis años ejerciéndolo.

Su proyecto de vida es claro: constituir familia, trabajar en lo que le gusta (albañilería) y “pasarle bien” junto a sus amigos. Con una identidad fuerte en el oficio, una amplia red de

compadres y habilidad para moverse en el mercado de trabajo, Jaime ha logrado construirse una trayectoria de movilidad laboral y social ascendente. Ya no es solo un maestro albañil reconocido, también dejó de ser pobre. Jaime no solo sabe lo que él quiere como proyecto de vida —familia, trabajo digno y amigos—, también asume el rol de proveedor del grupo familiar para que su mujer vele por el cuidado y crianza de los hijos.

Aun cuando él conoce bien los límites de sus aspiraciones, Jaime transita y construye su vida con habilidad; sabe callar, negociar, exigir o retirarse cuando corresponde. Tras años de desempeño en el mercado de trabajo, aprendió bien dónde y cómo aprovechar y disfrutar las oportunidades que este ofrece a quienes nacen pobres como él. “Nadie hace lo que realmente pensaba cuando chico, no. De chico estaba entre doctor... no me acuerdo, pero nunca albañil. Igual es bonita la pega. Yo encuentro que uno trabaja bien cuando le gusta lo que hace. Si no, trabaja mal. Y si uno tiene la suerte de trabajar en lo que le gusta, eso mismo lo motiva a seguir trabajando”.

Juana, joven esposa, comparte la apuesta de vida de Jaime, pero su estrategia no apunta al mercado de trabajo sino al hogar, desde donde se aboca a la tarea de construir familia. Es desde el hogar que levanta una identidad de madre y esposa intachable. En su relato Juana no se cansará de reforzar permanentemente una imagen de mujer limpia, obsesivamente limpia en una vivienda precaria pero adecuadamente equipada, y donde la abundancia de electrodomésticos anuncia un futuro promisorio.

Juana, sin embargo, también trabajó cuatro años remuneradamente. Desde los diecisiete años hasta que se emparejó con Jaime trabajó en oficios diversos: envasadora en una fábrica de zapatos, empleada doméstica y vendedora de fuente de soda. Al poco tiempo de estar casada, Juana recibió mensajes que sancionaban su desempeño como trabajadora: “Hay amigos de él [su compañero] que dicen que cuando las mujeres trabajan se desordenan. Si yo no soy así, le dije. Yo de mi trabajo a mi casa y de mi casa al trabajo y nada más. Tú soi mi marido, tengo que estar contigo, con nadie más. Y ahí yo tenía puros compañeros hombres, yo era la única mujer. Ellos me invitaban y yo les decía, no, me voy a mi casa”.

Juana aceptó abandonar su trabajo, marcando un giro en su vida, pero antes comprometió a Jaime en su rol de proveedor: “Me dijo que me saliera; me salí yo, no me hice ningún problema y ahora me acostumbré. Él me dijo, ya, no sales más. No salí más, hasta que me acostumbré a estar en la casa. Mi suegra decía, déjala trabajar, y él decía no. Yo le decía, déjelo suegra, no importa, mejor para mí, tiene que darme él, va a apeguchar él no más”.

Desde ese momento, Juana asumió el rol de administradora de la economía doméstica: dedicada esposa y madre cuyos días transcurren entre el hogar, la organización y el municipio, donde negocia la obtención de una vivienda. “Estar en la casa” se transforma así en una posibilidad de sacar adelante su proyecto de familia y esposa respetable.

En síntesis, Jaime y Juana comparten un mismo proyecto: fundar familia y salir de la pobreza. Para ello han construido una estrategia clara: Jaime en el trabajo; Juana entre el hogar, el barrio y el municipio. A pesar de lo afiatado de la estrategia familiar y la voluntad de sacar adelante su proyecto, ambos saben que finalmente el margen de maniobra siempre es estrecho. La suerte, como para muchos pobres, es siempre un factor importante en el curso que la vida toma. Juana señala: “Mi mami me vio el tarot y dice que mi futuro se ve bien”.

2.2 Carlos, padre de familia y obrero

Carlos, cincuenta y ocho años, obrero de Fanaloza, gran industria manufacturera. A muy temprana edad abandonó la escuela para trabajar. Aunque no sabe leer ni escribir, ha desempeñado múltiples oficios en su vida. Empezó en la Vega, trabajó en la construcción, de cerrajero, de gáster, de pintor, de copero, cocinero y maestro de Fanaloza, donde se desempeña desde hace más de diez años. Solo en este último trabajo ha tenido contrato, por el sueldo mínimo. Recibió el diploma al mejor trabajador; sin embargo, cuenta que aunque nunca ha llegado tarde y es respetado, sabe que nunca ascenderá a un mejor puesto en la empresa.

Don Carlos se siente conforme con los frutos obtenidos estos años. Junto a su esposa, dueña de casa, ha logrado alimentar y dar educación secundaria a sus hijos.

Asegurar un trabajo estable y honrado que le permita a la familia llevar “una vida tranquila y respetable” es su principal preocupación en la vida. Su vida laboral se caracteriza por el trabajo honrado, la disciplina, el buen ejercicio del oficio y la lealtad hacia el patrón. Lo que no dice don José es que, habiendo trabajado honradamente cuarenta y ocho años de su vida, él y su familia viven a las orillas del río Mapocho, en una precaria vivienda de uno de los cientos de campamentos de Santiago. Trabajador honrado, respetable, pero pobre.

En este, su proyecto de vida, el riesgo y la búsqueda de nuevos horizontes y oportunidades no tienen cabida. La estabilidad y la seguridad en el trabajo son los principales pilares sobre los cuales se levanta y sustenta el futuro de su familia. Su estrategia es simple: “andar limpiquito,

afeitadito; no importa que la ropa esté un poco mala, pero limpiecito es importante, porque así como a uno lo ven, lo tratan”. Las relaciones de confianza que don Carlos logra construir en su espacio de trabajo, nunca llegan a concretarse en un recurso para iniciar un proceso de movilidad laboral. Las oportunidades no le faltan —como cuando un empresario le propuso migrar al sur para transformarse en su capataz—, pero él las dejará pasar. Hoy don Carlos aguarda terminar de educar a la última de sus hijas y poder jubilar tranquilo.

2.3 José, el fin de una vida de trabajo

José tiene cuarenta y un años. Ya no trabaja ni busca trabajo, vive en una precaria vivienda a las orillas del río Mapocho junto a sus hermanos y sobrinos. Su historia muestra cómo a veces las condicionantes sociales se imponen por sobre las voluntades de los sujetos y sus proyectos, por muy modestos que estos sean. Esta es una historia donde el margen de maniobra en la construcción de la propia vida parece quedar siempre supeditado al curso de las situaciones.

José nació pobre, su padre murió cuando tenía tres años. Comenzó a mendigar desde pequeño, a los ocho años empezó a hacer fletes a cambio de monedas y alimento que llevaba a su madre. Durante muchos años vivieron en la calle.

A los doce años entró a trabajar a una fábrica de carteras, como cortador de plantillas; los trabajos esporádicos se sucederán uno tras otro: copero, jornalero, ayudante en un casino, estafeta. “Yo quería tener plata para ayudar a mi familia y para poder vestirme bien. Yo me sentía mal, porque uno siempre andaba con la misma ropita; eso me angustiaba, siempre me andaba trayendo en menos, bajo, por así decirlo”.

A los veinte años comenzó a trabajar a un club nocturno en el centro de Santiago, el Bim Bam Bum: “Me iba a dar mis vueltas, a ayudar en lo que se pudiera, y como la gente me tenía buena, porque yo tengo buena voluntad, me mandaban a comprar cualquier cosa. Yo siempre he tenido eso de tener buena voluntad, soy humilde. Ahí yo me hice cooperador, ayudaba en lo que me mandaran, en lo que se necesitara”.

En ese tiempo intentó *formar familia*, pero al poco tiempo ella lo abandonó. José se dedicó de lleno al teatro Bim Bam Bum y a cuidar a su madre. Fueron sus años más felices. Trabajó catorce años, llegando a tener contrato como ayudante de utilería. El trabajo se constituyó en su familia. Allí construiría relaciones de afecto y confianza.

A mediados de los ochenta, el teatro se cerró, la vida nocturna santiaguina entraba en crisis. Nunca pudo volver a encontrar un trabajo estable, y los empleos comenzaron a sucederse uno tras otro: acomodador de cines porno, portero de boite, chico de los mandados... Finalmente, tras su travesía por el oscuro mundo de la noche santiaguina, debió recluirse en su hogar, donde asumió las tareas domésticas, el cuidado de su madre y sobrinos.

La desesperanza le ganó. La identidad (*siempre cooperador y servicial*) que él había podido construir con mucho esfuerzo en ese espacio de trabajo y afectos que era el teatro, no logró recomponerse. José no volvió a trabajar. “Aquí [en el campamento] como que empecé a hundirme; no sé muy bien lo que me pasó, pero me fui quedando. La gente cree que uno no quiere salir de aquí, y cómo uno no va a querer. Uno no quiere vivir siempre pobre, viviendo en la calle, comiendo a veces o viviendo como nosotros. Se puede decir que uno vive en la mierda... uno a veces no puede salir de esto no más”.

La historia de José es la historia de la reproducción de la pobreza. Sin embargo, a él las oportunidades de trabajo no le faltaron, pero ellas no fueron suficientes para cambiarle el rumbo a su vida. ¿Qué falló en su estrategia?

Atento a la oportunidad, hábil en hacerse de amigos, entregado a su trabajo, esforzado en aprender los oficios, siempre humilde y servicial, pero finalmente siempre pobre, *el último de la escala*, como él mismo se define. A él que nada era y nada tenía, ese sitio le bastaba. Sin pretensiones de sueldo, ni condiciones de trabajo, ni ascensos, José solo buscaba sentir el afecto y el reconocimiento por su entrega.

En su historia, ni el barrio ni el Estado aparecen mencionados. Él siempre fue de la calle, allí creció y allí se tejieron sus oportunidades. En el barrio, donde viven sus iguales, siempre supo que nunca lograría salir adelante, romper con las ataduras de la pobreza.

Y, sin embargo, a pesar de los esfuerzos desplegados, no es de extrañar que a los cuarenta José ya se sienta irremediablemente pobre y derrotado.

3. LA MOVILIDAD SOCIAL Y LAS TRAYECTORIAS LABORALES

3.1 Trayectorias laborales y movilidad social

¿En que se diferencian las trayectorias laborales de Jaime, Juana, Carlos y José? Desde un punto de vista de la movilidad social (entendida simplemente como mejoramiento de los ingresos y superación de su situación de pobreza extrema), ellas son muy distintas.

La trayectoria de Jaime, a pesar de su corta edad, ha sido ascendente. No solo ha logrado una cierta acumulación de saber en el tiempo, sino también un ligero aumento de sus ingresos — aunque no necesariamente mejores condiciones de trabajo— que le han permitido dejar de ser pobre. Aun cuando Jaime se desempeña en un sector (la construcción) altamente inestable, ha logrado minimizar los tiempos de inactividad y, valiéndose de sus contactos, mantener una cierta estabilidad laboral en el tiempo. El temprano aprendizaje de un oficio, unido a la permanencia en el mercado de trabajo en un mismo rubro, ha sido clave en la acumulación de experiencia. Jaime es, a los treinta años, un reconocido maestro albañil. Sin embargo, las posibilidades de transformarse en jefe de obra son escasas. La trayectoria laboral ascendente de Jaime no está asegurada, y así como muchos otros jóvenes obreros, probablemente ella haya finalizado.

La trayectoria laboral de Juana, en cambio, al igual que la de muchas mujeres pobres, es una línea tempranamente interrumpida, donde la esperanza de movilidad social se juega en la estrategia familiar. Su historia laboral no se interrumpe con la llegada de los hijos; de hecho ella continuó trabajando durante varios años siendo madre soltera. Dejó de trabajar cuando contrajo matrimonio y su cónyuge asumió el rol de único proveedor.

¿Qué sucede que esta incipiente trayectoria laboral no logra consolidarse? Juana no tiene grandes dificultades para encontrar trabajo; con su enseñanza básica incompleta logra acceso a una gran gama de empleos. El punto no parece estar en el acceso al mercado. Trabajos para mujeres como Juana siempre existen. Su experiencia laboral se caracteriza, sin embargo, por ser una experiencia esporádica, inestable, mal pagada y altamente precaria en términos de las condiciones de empleo y el trato cotidiano. A Juana, que se sueña una “mujer respetada”, el espacio laboral poco o nada le aporta en términos de sus aspiraciones de vida. En esta historia, el trabajo solo aparece como una efímera experiencia pasada, como un valor abstracto que “podría” asegurar la integración social y el buen vivir; pero que para Juana no se llega a constituir en un recurso central de identidad y proyecto de vida.

Las dificultades de Juana para levantar un proyecto de integración social a través de su inserción en el mercado de trabajo, unido a un ambiente y una pareja que le advierten de “los peligros” que ofrece este espacio a las mujeres “respetables”, la conducen progresivamente a la decisión de abandonarlo. La salida a su precaria inserción laboral se “resuelve” con el matrimonio y la consolidación de un hogar / familia, reorientando así su quehacer cotidiano y su proyecto de vida.

Finalmente, en Juana se impone el mismo destino de sus abuelas, de sus madres y seguramente de sus hijas: la adscripción a un proyecto de familia, donde ellas al menos serán madres y esposas. A diferencia de otras mujeres pobres, Juana ha logrado hacer de este destino una estrategia para la consecución de su proyecto vital. En efecto, no solo ha logrado dejar de ser pobre, sino también el respeto y reconocimiento de su entorno. En esta estrategia, la presencia de Jaime en su rol de proveedor y aliado es un recurso central. Solo así, el proyecto de familia parece posible y se aseguran cuotas mínimas de integración social.

En contextos de extrema pobreza, como el que viven Juana y Jaime, la posibilidad de concretar estas aspiraciones de integración parece estar fuertemente condicionada por la solidez del proyecto de familia, pero también por la presencia de un miembro del hogar que haga de soporte económico. Sin este soporte, los sueños y los valores de la integración no quedan más que en el nivel del “deseo” y de un ideal por alcanzar, pero que no se expresará en resultados concretos. Para educar a los hijos, reunir los ahorros para la vivienda, alimentarse adecuadamente, se requiere —además de la aspiración y los valores— un trabajo remunerado que lo haga posible. Aun así, la movilidad social y la superación de la pobreza no están aseguradas.

La historia de don Carlos tiene muchos aspectos comunes a la historia de Jaime. Él también ha logrado especializarse en un oficio tras años de desempeño en una gran fábrica; él también posee una familia y una esposa que vela por la crianza de sus hijos. Sin embargo, a diferencia de Jaime, don Carlos, a pesar de sus años de trabajo y su proyecto de familia bien constituida, no ha logrado dejar de ser pobre. Y probablemente nunca lo logrará. En efecto, la trayectoria laboral de don Carlos es fundamentalmente estable; en ella cuesta identificar etapas, hitos que marquen su evolución. Es una trayectoria en la que pareciera que nada ocurre, siempre al filo de la miseria, pero sin caer nunca por completo en ella. Y justamente porque nada ocurre, cuesta identificar los factores que impiden romper con esta inercia. Don Carlos no busca nuevas oportunidades, él se aferra a la que ya tiene (un trabajo jornada completa y un contrato

por el sueldo mínimo). Allí están sus amigos, allí teje sus vínculos de confianza y es allí donde él quiere permanecer. Porque para don Carlos, a diferencia de Jaime y Juana, su proyecto de vida son sus hijos. Son sus hijos los que dejarán de ser pobres, no él. A él solo le corresponde educarlos y velar para que se eduquen en los códigos de la integración social. En la historia de don Carlos, la superación de la pobreza es una apuesta intergeneracional; en Jaime es una apuesta presente. Si la temporalidad es distinta, las acciones emprendidas también lo son. Mientras Jaime se mueve afanosamente entre sus compadres y contactos para no perder oportunidad alguna de trabajo, don Carlos apuesta a la estabilidad y la seguridad que le aporte los recursos y el tiempo necesario para terminar de educar a sus hijos.

La trayectoria de José, al igual que la de Juana, es una trayectoria interrumpida; pero a diferencia de esta, la suya es una historia de descenso y reproducción de la pobreza. Lo que parecía ser una trayectoria estable o en ascenso, abruptamente se derrumba y desciende. Es una trayectoria donde el margen de maniobra de su protagonista parece insuficiente para sobreponerse a las determinantes del contexto. El término de la fuente de trabajo, tras catorce años en ella, marca el fin de la vida laboral de José. Y así como ha ocurrido con los mineros de Lota, la necesidad de repensarse y reconvertirse en el mundo laboral parece impensable para quien se soñó y se construyó al alero de un espacio que, más que laboral, se vivió como un hogar, estable, cálido y paternal.

3.2 La escritura común

La lectura de estos relatos da cuenta de un cierto sello común a todos ellos: son contruidos desde la experiencia de la pobreza y la exclusión social. Cada historia de vida está marcada por esta experiencia que, además de indicar una posición particular dentro de la estructura social, también da cuenta de pautas y valores comunes que orientan la propia conducta. Es sobre esta base común que los sujetos se construyen y maniobran. Como diría Bourdieu, los relatos desde la pobreza presentan una afinidad de estilo que los vuelve identificables, los hace idénticos entre sí y a la vez los diferencia de otros. En ellos se descubren ciertas disposiciones, una manera particular de *escritura*, que permite señalar que son relatos de excluidos.

Sin embargo, ello no impide que esta *escritura común* de la que nos habla Bourdieu, sufra cambios a lo largo del tiempo. El curso que toman muchas de estas historias de pobreza no sería comprensible si, independientemente de la homogeneidad de estilo de vida y de hábitos al interior de un mismo grupo social, no se incorporan al análisis las modificaciones, tensiones,

rupturas y distancias a esa escritura o sello común. Aun cuando la historia tiende a *programar* a cada individuo, cada uno de ellos conserva la capacidad de modificar esta programación, de hacer una reescritura de ella. La diversidad y riqueza de la experiencia social inevitablemente engendran una distancia y un cierto desapego de la propia cultura cuando los sujetos perciben que ella no tiene coherencia interna, o no se ajusta a las propias búsquedas o a las exigencias que les impone la propia experiencia social.

En este sentido, entender el curso que toman las trayectorias de trabajo entre los más pobres exige no solo dar cuenta de esta experiencia común, sino también de las lógicas que permiten tomar distancia y movilizar o inmovilizar los propios recursos. La lectura de los relatos indica que, efectivamente, no solo los sujetos no actúan de la misma forma frente a una determinada situación, sino que tras una misma forma de responder, puede haber razones y orientaciones diferentes.

3.3 El margen de acción

La lectura de las trayectorias laborales parece indicar que aquellos sujetos que logran aplicar y jugar con una mayor diversidad de orientaciones para la acción, son los que mayor movilidad ocupacional y social logran. Por el contrario, aquellos cuyas trayectorias ocupacionales se “juegan” o se fijan en una lógica, no presentan procesos de movilidad importantes, y a menudo más bien muestran trayectorias descendentes.

Lo señalado nos indicaría que la capacidad de moverse en la estructura social y ocupacional pareciera estar asociada —aunque no exclusivamente— a la capacidad de los sujetos para construir, apropiarse y negociar con la información que de manera permanente les ofrece el mercado, la cultura y su subjetividad. De la diversidad de códigos y la habilidad de los sujetos para combinarlos, dependerá la capacidad de maniobra que logren frente a la realidad social. Sobre la base de un capital educativo, cultural y relacional limitado, no es de extrañar que aquellos más débiles queden fijados en su posición de marginalidad y exclusión.

En palabras de Erickson (1994), pareciera ser que la relevancia del capital cultural en estos procesos de movilidad social y ocupacional se juega en su variedad. El dominio de diversos códigos culturales permite a los sujetos no solo construir y mantener una mayor cantidad de contactos relevantes a la movilidad social, sino también un mayor margen de maniobra frente a las circunstancias adversas a su proyecto vital. En este sentido, la variedad de las redes

sociales está fuertemente vinculada a la variedad cultural y al manejo de un amplio espectro de códigos y lógicas de acción.

En otras palabras, el dominio de una diversidad de códigos culturales o estilos de vida pareciera ser la clave para el acceso a nuevos círculos sociales; y en el caso del trabajo, para el acceso a nuevas oportunidades y un mayor margen de respuestas frente a las determinantes estructurales.

Sin embargo, es en el contacto con personas de diferentes clases y grupos sociales que la diversidad cultural y de códigos se amplía y diversifica. Estaríamos frente a un doble movimiento, un ir y venir entre la cultura y el vínculo social. La pregunta que subsiste es: ¿dónde y cómo se construye esta variedad cultural? ¿Cómo, dónde y cuándo las personas se transforman en personas “con mundo”? ¿Cómo y cuándo los individuos logran ampliar sus contactos?

Si conocer los códigos culturales es condición para el establecimiento de nuevos contactos y construcción de redes en el caso de estas historias de pobres, estaríamos frente a una movilidad social casi imposible. Descubrir aquellos espacios que se caracterizan por su apertura a la diversidad y a la posibilidad de facilitar nuevos contactos como vía para ensanchar códigos, parece especialmente interesante.⁴ En una ciudad altamente segmentada e intolerante a la diferencia, estos espacios parecen ser cada vez menos y más reducidos. Las trayectorias de vida indican al menos dos vías que facilitan esta mayor diversidad: el acceso a la educación, y espacios de confianza y afectos que abren nuevas oportunidades (ejemplo de ello es Jaime, que se diferencia claramente del resto de los habitantes del campamento por su enseñanza media incompleta y una red amplia de amigos y compadres que, además de constituir un sólido grupo de sociabilidad, le facilitan permanentemente información del mercado de trabajo). Lo cierto es que el atributo de la “variabilidad cultural” es, en el caso de las trayectorias analizadas, privilegio de unos pocos.

3.4 La diversidad de la experiencia social y sus lógicas de acción

Independientemente de esta variabilidad cultural, que permite augurar mayor movilidad y margen de acción, la lectura de los relatos muestra que todas las personas buscan siempre responder, aunque sea en los estrechos márgenes de lo posible, a las condicionantes sociales.

⁴ V. Espinoza, Apuntes Fondecyt N° 1990818.

Pero no todos lo hacen de la misma manera. Tampoco una misma trayectoria ocupacional es homogénea en sus respuestas y lógicas en el tiempo. A lo largo de su vida, los sujetos combinan y articulan respuestas de modos diferentes. Lo que en un momento pudo ser una respuesta adecuada, en otro puede dejar de serlo. Si en determinado momento se creyó en la honradez y el esfuerzo, la experiencia puede mostrar que para el logro de la movilidad social, más vale ser “astuto y competitivo” que honrado. A pesar de estos cambios, a lo largo de las historias de los sujetos se observan ciertas constantes que tienden a permanecer en el tiempo.

Hay historias de vida marcadas por la búsqueda de la integración social. Es el caso de Juana, y de muchas otras mujeres pobres cuyo proyecto vital se juega en la posibilidad de constituir familia y una identidad materna acorde a los valores de la integración. Pero ello no es impedimento para que, en determinadas situaciones, estas mismas mujeres tomen distancia y cuestionen un proyecto que en un momento les pareció el único posible en el marco de las estrechas alternativas que tenían y conocían.

Hay otras experiencias que se caracterizan por el predominio de una lógica de la competencia. Es el caso de Jaime, joven cuyo proyecto de inserción laboral se teje sobre la base de un amplio conocimiento y manejo de las reglas y códigos del mercado de trabajo. En momentos de crisis laboral, no es extraño observar que junto a esta mirada estratégica del mercado, la búsqueda de la oportunidad rápida y efectiva se postergue en pos del ejercicio de la solidaridad con los pares. O bien una mirada reflexiva donde la crítica a las malas condiciones de trabajo o la pregunta por sus propias búsquedas y proyectos, por ejemplo, le impidan transformarse en una víctima pasiva del mercado.

Esta combinación de lógicas es lo que Dubet llama *experiencia social*. En este sentido, podemos avanzar en la propuesta de tres formas de esta experiencia, que en el caso de los sujetos analizados adquieren contenidos específicos y culturalmente signados: la experiencia de la integración, de la competencia y la subjetivación.

3.5 La búsqueda de la integración

El análisis de las trayectorias de los más pobres indica que la mayor parte de ellas se construyen sobre la base de un modelo en el cual predomina la orientación hacia la integración social.⁵ Es decir, son trayectorias donde la constitución y resguardo de una familia y un trabajo

⁵ A diferencia de las historias de clase media, en las que el proyecto vital está marcado por asegurar y mantener la integración social de la familia; en las historias de pobres, ganar cuotas mínimas de integración social (un trabajo,

honrado se levantan como ejes centrales para la construcción de un proyecto de vida, y el inicio de un incierto y frágil proceso de movilidad social.

En estas vidas, donde la experiencia vital y laboral está signada por la búsqueda de la integración, la pertenencia social, laboral, barrial, familiar, de género o de clase de sus protagonistas ocupa un papel central. Desde esta experiencia, la pregunta por el sí mismo encuentra su respuesta más en la adscripción a un rol que en la construcción crítica y reflexiva de sí mismo. Ser un trabajador honesto y respetable o una madre ejemplar, identitariamente hablando, puede ser más central que realizarse en el desempeño de un oficio, o hacer valer los propios derechos en tanto trabajador o mujer. La búsqueda de la estabilidad y la tranquilidad como *proyecto de vida* son objetivos centrales de una lógica orientada fundamentalmente a la búsqueda de espacios mínimos de inserción social.

Frente a situaciones de toma de decisiones, las acciones tienden, por tanto, a orientarse al afiatamiento y construcción de anclajes colectivos que posibiliten sentirse reconocido y respaldado en este proyecto, parte de un sistema de valores y normas que orienten cada una de las decisiones y acciones emprendidas.

Desde la perspectiva de las trayectorias de trabajo, la lógica de la integración se expresa a menudo en la búsqueda de un espacio laboral donde ser reconocido, valorado y respetado. La búsqueda de un *buen patrón* está presente en muchas de las trayectorias laborales de los más pobres. Es en esta perspectiva que se ocupa y transita por los espacios de trabajo, el barrio y la institucionalidad estatal. Los vínculos se construyen sobre la base de solidaridades y confianzas que perduran en el tiempo, y que constituyen el principal recurso en la construcción del propio proyecto vital.

Desde esta lógica de la integración, *“presentarse bien vestido”* o *“hablar bien”*, es decir, generar confianza y manejar los códigos de la decencia, pueden ser, a la hora de buscar un trabajo, considerados más relevante que mostrarse astuto o competitivo. No es de extrañar, entonces, que para explicar los descensos y fracasos en la propia trayectoria se acuda más a razones que dan cuenta de factores ajenos a las propias determinaciones. La *“falta de oportunidades”* y *“los problemas del país”* son respuestas recurrentes para explicar las limitaciones de la estrategia seguida.

una familia, una casa...) constituye la piedra angular sobre la cual concretar el sueño (más que el proyecto) de “dejar algún día de ser pobre”.

3.6 Competir por un espacio en el mercado

Aun cuando la experiencia social se levanta siempre en el marco de una cultura entendida como el conjunto de valores, normas y recursos simbólicos para la acción, ella siempre abre la posibilidad de opciones. La experiencia social es, por tanto, siempre construida crítica y reflexivamente. En esta construcción, el acervo cultural disponible y acumulado a lo largo de la vida de cada individuo será clave en la realización del propio proyecto vital, así como en los procesos de movilidad verdaderamente significativos.

A lo largo de sus trayectorias laborales, los sujetos despliegan una diversidad de lógicas; y así como en un determinado momento buscarán ser fieles a, por ejemplo, una tradición de familia, en otros el objetivo será simplemente realizarse en una sociedad concebida como un mercado. Desde esta lógica de la competencia, la propia identidad se constituye en un recurso central al servicio de la realización, negociación o instrumentalización de una situación, en función de su proyecto.

Desde la perspectiva de las trayectorias laborales, las *acciones* se orientan hacia la construcción de estrategias que apunten a tejer alianzas útiles al propio proyecto ocupacional. La claridad en las metas personales es, en este sentido, fundamental para la construcción de la estrategia de movilidad ocupacional. La ocupación de *contextos sociales* tales como el barrio, el hogar, la institucionalidad y el trabajo, se decidirá en función de la utilidad que estas relaciones y contactos tengan para el logro de un objetivo definido. En términos simples, ello se expresa en la importancia de “*tener los amigos adecuados y ocupar los espacios en el tiempo oportuno*”. En estos espacios se invierte en la medida en que ellos son un recurso a la propia movilidad social. Desde esta lógica, no es de extrañar que se transite de manera estratégica por uno y otro espacio de relaciones, sin afiatar los vínculos por mucho tiempo. Ellos se construyen y conservan en la medida en que sirven; una vez que dejan de ser útiles, se los desecha. La *movilidad social* se visualiza más como un asunto de “saber aprovechar las oportunidades” y “moverse adecuadamente”, que como la adscripción a ciertos valores o normas. Desde esta lógica de la competencia, ser “insistente y arriesgado” puede ser más útil para insertarse en el mercado de trabajo que “saber un oficio”. La adscripción a una cultura del riesgo y la eficiencia permiten definirse *identitariamente* como un trabajador “atinado” y “eficiente”. “Estar entre los mejores y tener poder de decisión” define sintéticamente a aquellos sujetos cuya experiencia se juega en el logro de la competitividad y el riesgo.

3.7 La subjetividad y la pregunta por uno mismo

En sociedades como la nuestra, la experiencia está hoy más que nunca atravesada por exigencias contradictorias. La experiencia social ya no está asegurada, porque ella ya no es una sola. Las conductas individuales y colectivas se enfrentan a la heterogeneidad de sus principios constitutivos; y son los propios individuos quienes deberán construir el sentido de sus prácticas en el seno de esta heterogeneidad.

En un contexto cambiante y diverso, no es de extrañar que las referencias identitarias sean múltiples y a menudo débiles en lo colectivo. Los individuos deben realizar ajustes permanentes para mantener una cierta coherencia en un medio ambiente que requiere de respuestas rápidas y oportunas.

El análisis de las trayectorias individuales permite dar cuenta de estos procesos y poner en evidencia los compromisos que los sujetos establecen con el entorno, pero también de las distancias que construyen con el fin de preservar una cierta unidad personal y experimentar, a pesar de las pobreza y limitaciones vitales, el sentimiento de existir.

La cuestión del sujeto, su capacidad de elección, decisión y crítica, están en el centro de la experiencia social y de la posibilidad de construir un proyecto de vida. La capacidad de distanciamiento crítico respecto del sistema, la des-implicación y la búsqueda de modificación de la relación de fuerzas no es, sin embargo, tarea fácil; menos aún para aquellos sujetos cuya experiencia vital transcurre entre los estrechos márgenes de los igualmente pobres, y donde el acceso a otras experiencias y espacios de relaciones es un privilegio que pocos poseen.

Cuestionar y problematizar la propia inserción laboral, preguntarse por la propia realización en el trabajo, para sujetos cuya experiencia laboral está marcada por una alta incertidumbre, inestabilidad y precariedad laboral, puede ser, por decir lo menos, altamente riesgoso. Querer “ser alguien en la vida” exige no solo altas cuotas de “originalidad y creatividad”, sino también un soporte de recursos sociales y simbólicos desde donde levantar esta capacidad reflexiva. Y, aun así, para aquellos que se atrevieron y que están “seguros de lo que saben” y “del trabajo que quieren encontrar”, el éxito no está asegurado.

Los relatos de fracasos y descensos de aquellos que se atrevieron a apostar por una búsqueda distinta y romper con lo prescrito, abundan en explicaciones que dan cuenta de las dificultades para hacerse reconocer y respetar en esta búsqueda de autenticidad y realización de sí (“no

me supieron valorar”). Estas historias muestran que el precio puede ser alto si no se cuenta con los soportes colectivos desde donde sustentarse.

Sin embargo, tampoco para aquellas trayectorias donde la pregunta por la propia identidad nunca surge, el resultado es mejor. La historia de Jaime y Juana muestra que la clave en el logro de cierta movilidad pareciera residir de manera importante en la capacidad de moverse adecuadamente entre la cultura, el mercado y la propia subjetividad. En un contexto altamente cambiante y donde los referentes colectivos se encuentran fuertemente debilitados, la pregunta por uno mismo se levanta como una brújula que hace de soporte esencial en la construcción de la propia biografía.

3.8 Movilidad ocupacional y espacios de relaciones

Los relatos de vida indican que los espacios de relaciones más relevantes para la construcción de trayectorias ocupacionales y sociales ascendentes son el hogar y el trabajo. Mientras para las trayectorias ascendentes y estables el hogar surge como el espacio privilegiado desde donde se construye el proyecto de integración familiar; en las trayectorias interrumpidas de mujeres, el hogar se levanta como recurso identitario; y en el caso de las trayectorias descendentes, como el espacio privilegiado para refugiarse y sobrevivir.

El análisis de las trayectorias de vida indica, sin embargo, que la existencia de un *hogar bien constituido* solo se transforma en un recurso para la movilidad social si, uno, alguno de sus miembros se encuentra inserto en un espacio de trabajo remunerado; y dos, la familia logra socializar a las nuevas generaciones en la cultura del trabajo. Solo bajo estas dos condiciones el hogar se transforma en un pilar central para romper con la reproducción de la pobreza e iniciar procesos de movilidad social de las futuras generaciones.

El barrio y la institucionalidad estatal son también espacios presentes en los relatos de sujetos pobres, en especial en el caso de mujeres de trayectorias laborales interrumpidas y sujetos descendentes. Para las primeras, el barrio constituye un espacio de integración donde se comparten códigos y proyectos, y donde se es reconocida y respetada. Con la institucionalidad estatal, en cambio, si bien también provee recursos para la integración, se mantiene una distancia crítica. En el caso de los sujetos de trayectorias descendentes, el barrio y el Estado aparecen solo en la medida en que aportan los recursos necesarios a la sobrevivencia.

El trabajo, por su parte, como espacio de relaciones, no es solo un recurso para la obtención de ingresos; es también un elemento estructurante de la identidad individual y el medio unánimemente reconocido de integración social.

En las trayectorias ascendentes queda claro que los requisitos de la movilidad ocupacional son muchos. No es suficiente una buena oportunidad en el mercado para que la inserción, y menos aún la movilidad ocupacional, estén aseguradas. Los relatos de trayectorias ascendentes muestran que las oportunidades siempre son limitadas. Sin embargo, no lo es el margen de maniobra de los sujetos. La capacidad para moverse entre las exigencias del mercado y los diversos códigos de la cultura sin traicionarse a sí mismo, es una habilidad que pocos poseen, pero que mucho ayuda a quienes la logran desarrollar. En el *espacio laboral* estos trabajadores despliegan una diversidad de *lógicas de acción*. De acuerdo con las circunstancias, ellos pueden ser muy competitivos, pero también muy integrados. Los espacios de trabajo constituyen un ámbito marcado por la competencia, pero también uno desde el cual se construye un “nosotros”. Asimismo, son trabajadores que, en determinados momentos, saben preguntarse qué es lo que quieren para sí mismos en ese espacio de trabajo, pudiendo ser críticos y reflexivos en relación con su proyecto laboral y las condiciones que el mercado de trabajo les ofrece.

Para quienes solo saben moverse desde los códigos de la propia cultura, pero no saben responder a la diversidad de experiencias, a veces humillantes y de explotación, el precio es a menudo la inmovilidad laboral. El trabajo esforzado y honrado no siempre se premia. Sus trayectorias serán estables, pero con altas probabilidades de permanecer precarias.

Las historias de pobres indican que no todos los espacios laborales ni todas las posiciones dentro de este espacio abren las mismas oportunidades en términos de condiciones de trabajo, por una parte, y de relaciones, aprendizajes y construcción de identidad laboral, por otra. Los relatos muestran que los espacios laborales que posibilitan el acceso a nuevas y mejores relaciones sociales, así como a la construcción de un proyecto identitario sólido, a menudo escasean. Por el contrario, las trayectorias ocupacionales de los más pobres señalan que los trabajos a los que ellos acceden son de tal precariedad e inestabilidad, que la posibilidad de hacer de ellos un recurso para levantarse como sujetos y concretar un proyecto de movilidad social, es a menudo inimaginable.

Por último, la lectura de los relatos de vida nos indica que la relación entre movilidad ocupacional y movilidad social no es evidente. Es decir, una movilidad ocupacional ascendente

(mejores ingresos, de condiciones de trabajo o de estatus ocupacional) no necesariamente asegura la movilidad social. En otros términos, mejores condiciones de empleo no aseguran necesariamente dejar de ser pobre. La pobreza, en este sentido, no es solo un asunto de ingreso y condiciones de trabajo; asegurar una mínima integración y movilidad social exige también la posibilidad de levantar un proyecto vital sustentable en un tiempo largo. Las historias de vida de pobres son abundantes en ejemplos de este tipo. De hecho, en un porcentaje mayoritario, las personas que se ubican bajo la línea de la pobreza en Chile son asalariadas y pobres.

Sin embargo, a la inversa no ocurre lo mismo. Es decir, no es posible lograr la movilidad social sin mejorías sustantivas en la inserción laboral. En este sentido, podemos concluir que la movilidad ocupacional es condición necesaria para la movilidad social, pero nunca suficiente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bengoa, J., F. Márquez, S. Aravena. 2000. *La desigualdad*. Santiago: Ediciones SUR.
- Bourdieu, Pierre. 1989. *La Distinction*. Paris: L'Harmattan.
- De Gaulejac, Vincent. 1996. *L'Honte*. Paris: Desclée de Brouwer.
- . 1999. "Sociología clínica". *Temas Sociales* nº 23. Santiago: Ediciones SUR.
- Dubet, Francois. 1994. *Sociologie de l'expérience*. Paris: Ed. du Seuil.
- Erikson, Bonnie. 1996. "Culture, class and connections". En *AJS*, vol. 102, nº 1 (July): 217-251.
- Márquez, F. y D. Sharim, eds. 1999. "Historias y relatos de vida: Investigación y práctica en las Ciencias Sociales". *Proposiciones* nº 29. Santiago: Ediciones SUR.